

adelanta como para recibir instrucciones del lord diputado; éste le hace señal de que aguarde y se vuelve hacia Dillón.) Entregad al señor todas las llaves de vuestra casa, y las de los muebles donde tengáis vuestros papeles.

DILLÓN. ¿A qué fin, señor? Ninguna relación tiene esa orden con el suceso que os trae á mi casa.

LORD. Obedeced.

DILLÓN. Jorge, mi antiguo criado, os entregará las llaves; hace veinte años que es el único depositario de ellas.

LORD. (Al juez.) Ya tenéis mis instrucciones; acompañad á ese hombre. (A Jorge.) Vos guiad al señor, y ejecutad sin réplica cuanto os prescriba.

JORGE. Perdón, señor diputado; pero en casa de mi amo no puedo recibir órdenes sino de mi amo; si el señor me lo manda, entonces...

DILLÓN. Sí, amigo mío; obedeced á los magistrados.

JORGE. Basta... (Al juez.) Espero vuestras órdenes.

(En consecuencia de la orden del lord diputado, el juez, dos soldados y Jorge delante, salen por la puerta que da á las habitaciones. Durante esta salida, que ha causado un movimiento general, se coloca una mesa, á que se sienta un escribano, y un juez se queda á su lado en pie, como para dictarle. Eduardo hace sentar á Ana en un sillón. Isabel, María Mauricio y él se quedan á su alrededor: Dillón está al otro lado. Los dos criados que traían hachones los han apagado; dos soldados quedan á la puerta del gabinete. Dermot se va aproximando poco á poco al lord diputado.)

#### ESCENA XII

Dichos, menos JORGE, los CIRUJANOS, el JUEZ y los soldados.

(Otro juez ó asesor entrega al diputado un papel desdoblado; éste le recorre, dando algunos pasos hacia adelante.)

DILLÓN. ¿Cuáles son, señor, vuestras intenciones acerca de mí y de mi familia? No parece sino que hemos cometido alguna acción culpable.

LORD. Eso, vos lo sabréis. (Eduardo é Isabel le arrojan una mirada llena de horror.) Tened la bondad (Después de registrar el papel que tiene en la mano) de responder á las preguntas que voy á haceros. ¿No es cierto que solía vuestro hijo pasar fuera de casa la mayor parte del día?

DILLÓN. Sí, señor.

LORD. ¿Y salió ayer?

DILLÓN. No, señor; no se separó de nosotros en todo el día.

(El lord hace seña al juez que está cerca de la mesa, y éste al escribano para que escriba: á cada respuesta de importancia se repite el mismo juego escénico.)

LORD. ¿Recibisteis gentes por la noche? ¿A qué hora se retiró la concurrencia?

DILLÓN. A las nueve.

LORD. ¿Y á qué hora murió vuestro hijo?

DILLÓN. ¡Mi hijo! ¡Ah! Creo que fué hacia la misma hora.

LORD. ¿Estabais entonces con vuestra sociedad?

DILLÓN. Sí, señor; toda la familia se levantó para despedir á las gentes.

ANA. Querido, te equivocas... Nuestro hijo no estaba entonces con nosotros.

DILLÓN. Cierto, perdonad... ¡Estoy tan turbado!...

LORD. (Al juez.) Notad que se contradicen.

ED. ¿Cómo? Milord... ¿un padre abrumado por el dolor puede tener presentes hasta las más mínimas circunstancias del horroroso acontecimiento que le ha privado de su hijo? ¿Habéis notado acaso que trate de engañaros? ¿Qué consecuencia podéis deducir de tan ligera equivocación?

LORD. ¿Olvidáis, caballero, que yo soy aquí el único que tengo derecho para hacer preguntas? (A Dillón.) ¿En dónde decís que ha perecido vuestro hijo?

DILLÓN. (Señalando.) Allí, en aquel pabellón.

LORD. ¿Y dónde dabais vuestra función?

DILLÓN. En el jardín.

LORD. (Devolviendo al juez el papel.) ¿Cómo? En el sitio mismo de vuestra reunión, en el mismo instante en que vuestra tertulia se recoge, y al mismo tiempo que vos estabais delante de ese pabellón... en fin, ¿expira vuestro hijo casi á vuestra vista? ¿Y queréis suponer que lo ignorabais?

(Dermot se acerca y habla al oído al lord diputado.)

DILLÓN. Nada hay más cierto, señor.

ANA. Los gritos de nuestros criados fueron los que nos anunciaron tan horroroso acontecimiento.

MAR. (Acercándose un poco.) Es la verdad, señor... (Ve á Dermot que habla al lord.) ¡Ah! (Anda como espantada.)

ED. (A María.) ¿Qué tienes?

(Ana, Isabel y Eduardo miran á María con asombro. El diputado no ha reparado en ella, ocupado como está en escuchar á Dermot y ver el proceso verbal de las respuestas de Dillón, que le enseña el juez.)

MAR. (A Ana.) Señora, ¡qué hombre he visto allí!

ANA é ISAB. ¿A quién?

MAR. ¡El señor Dermot! ¡Está hablando con el lord diputado!

ANA. ¡Dermot! ¿Qué vendrá á hacer aquí?... María, ¡mira si puedes avisárselo á mi esposo!

MAR. Dejadme á mí.

(Se hace un poco atrás, procurando no ser vista; pero Dermot la sorprende, y lo hace reparar al lord diputado.)

LORD. (A María.) ¿Quién sois vos?

MAR. (Temblando.) ¡Yo! Yo, señor... yo me llamo María; soy la hija de Jorge, y la novia de Mauricio... y... y la criada de la casa.

LORD. ¿Y adónde ibais?

MAR. Señor... iba...

(Ana, Isabel y Eduardo procuran hacerla señas para que calle.)

LORD. (Reparándolo.) Dejadla hablar, señora: María, respondedme, y decidme la verdad.

MAR. ¡Pardiez! Iba á decir á mi amo que se anduviese con cuidado.

LORD. ¿Con cuidado! ¿Por qué?

MAR. Porque... está ahí el señor Dermot.

LORD. ¡Está bien! (María vuelve atrás.)

DERM. Ya lo oís, milord.

(Todos están asombrados, excepto Isabel y Eduardo, cuyo horror se aumenta. Los cirujanos salen del gabinete, y se fija sobre ellos la atención general.)

#### ESCENA XIII

Dichos, los CIRUJANOS, y poco después JORGE, el JUEZ y los soldados que salieron anteriormente. (El juez entrega el reconocimiento firmado por los cirujanos al lord diputado, quien lo lee por lo bajo. Sus. pensión general.)

LORD. (A los cirujanos.) Señores, somos de un mismo parecer: ¿habéis verificado exactamente las circunstancias notadas en la muerte violenta de ese joven? (Responden con la cabeza afirmativamente.) ¡No queda la menor duda! (Echando á Dillón una mirada severa.) ¡Qué horror!

(Movimiento general de sorpresa. Jorge, el juez y los soldados entran al mismo tiempo. El juez entrega varios papeles al lord. Jorge se acerca á su amo.)

JORGE. (A Dillón.) Señor, todo lo han registrado, pero en particular el cuarto de vuestro hijo, de cuyos papeles se han apoderado.

DILLÓN. ¡Ah, Jorge, mi sorpresa iguala ya á mi dolor!

LORD. (Dando á un juez un fragmento de una carta, que este último enseña á Dillón.) Reconocéis en ese fragmento de una carta la letra de vuestro hijo?

DILLÓN. Sí, señor; sí... esta es su letra.

LORD. (A quien el juez ha devuelto el papel.)

Oid... ¡Esta prueba es terminante! (Lee.)

«Exigís de mí que renuncie á la religión de mis abuelos... ¡Ah! Si me dejase llevar de mi inclinación...» (La sorpresa y el asombro de la familia de Dillón llegan al extremo.) ¡Cuán dulce me sería volar á vuestros brazos! Pero, ¡ay, qué vínculos es preciso romper para formar esos tan deseados! ¿Y tendré valor para romperlos?... No: provocaría la ira de mi padre, y esta ira sería el decreto de mi muerte.» (Devuelve la carta al juez.)

ANA. ¡De su muerte!

ED. ¡Infeliz!

ISAB. ¿Qué has hecho, hermano mío? (El lord los observa á todos.)

ANA. (A su esposo.) Roberto, ¿comprendes tú?...

DILLÓN. (Al lord.) ¡Cómo, señor, mi hijo ha escrito esas palabras! ¿A quién?

LORD. Puesto que insistís en vuestra supuesta ignorancia, voy á cerraros todas las salidas. La profunda tristeza que todo el mundo ha reparado en vuestro hijo, era efecto de su deseo de abjurar...

DILLÓN Y SU MUJER. ¡De abjurar!...

LORD. Y del miedo, del temor que le inspirabais.

DILLÓN Y SU MUJER. ¡Nosotros!

LORD. Esta noche misma debía abjurar. ¡El templo estaba ya abierto, los ministros avisados; todavía arden los candelabros que debían alumbrar esta augusta ceremonia! Ahora bien, según resulta de vuestra propia confesión no le habéis dejado salir; á las nueve os quedasteis solo con vuestra familia... ¡y entonces pereció vuestro hijo precisamente cuando se le estaba esperando ya al pie de los altares! Ese fragmento nos revela el resto del misterio; y esta declaración, resultado del reconocimiento de las heridas, confirma la idea de que no se ha suicidado. ¿Quién, pues, le ha muerto?

ANA. ¡Santo Dios!

DILLÓN. ¿Quién le ha muerto!

LORD. ¡Vos!

TODOS. (Horrorizados.) ¡Ah!

(Ana se deja caer sobre su asiento; su hija se cubre la cara; no pueden ser mayores el horror y la consternación.)

DILLÓN. ¡Santo cielo! ¿Qué he escuchado? ¡Yo degollar á mi hijo! (Volviéndose hacia el gabinete.) ¡Oh, hijo mío, levántate, ven, ven á responder á los acusadores de tu padre!

ED. ¿Es posible? ¿Y esa odiosa mentira se

ve repetida en la boca de un magistrado?  
 DILLÓN. ¡Bárbaro! ¿Sois padre, y os atrevéis á suponer ese delito?  
 LORD. ¡Suponerle! Miserable... ¡Tuvisteis un testigo!  
 TODOS. ¡Un testigo!  
 LORD. (*Señalando á Dermot.*) ¡Hele aquí!  
 TODOS. ¡Dermot!  
 DILLÓN y ED. ¡Impostor!  
 MAUR. (*Apartando á todo el mundo.*) Esperad... Sí, sí... Toma, cierto, el señor estaba... Me acuerdo de su vestido... le conozco... Ayer noche le ví detrás de la verja... Todavía estaba allí cuando el señor Dillón salió del pabellón.  
 ED. ¿Qué dices?  
 LORD. Da testimonio.  
 MAUR. Sí, señor; y el señor, que lo ha visto todo, puede decir lo mismo que yo cómo ha pasado.  
 DILLÓN. (*A Dermot.*) ¡Ah! ¡Si eso es cierto, caballero... Si fuisteis el amigo de mi desdichado hijo, debéis tener compasión de su padre! ¡En nombre del cielo decid la verdad!  
 DERM. Oidla, pues. A las nueve salí del templo, donde se esperaba ya á vuestro hijo, y me dirigí á esta casa para llevarle conmigo y conducirlo al altar. Llego y oigo á lo lejos gritos y gemidos. Empiezan á agitarme horriblos presentimientos... Acudo temblando, y apenas llego á la verja, cuando oigo resonar las voces de muerte y asesinato. Entro. La señora y su hija aparecen y se precipitan hacia ese pabellón; dirijo yo también mis miradas hacia él, y veo salir á Dillón trémulo, pálido, desfigurado: á su aspecto todo el mundo se detiene; y la señora, adivinando en sus facciones el crimen que acaba de cometer, exclama: «¡Mi hijo ya no existe!» Asombrado entonces de tantos horrores, me apresuré á alejarme de esta guarida del crimen, creyendo que el cielo y que los hombres me mandaban reclamar la venganza: juro no haber dicho una sola palabra que no sea verdad.  
 ED. ¡Miserable! La calumnia más atroz no sería tan funesta como tu pérfida verdad. (*Dillón y su mujer se quedan anonadados.*)  
 LORD. ¿Qué podéis responder á eso?  
 DILLÓN. Nada, señor.  
 ISAB. (*Precipitándose en los brazos de su padre.*) ¡Padre mío! ¿Os dejáis acusar por ese monstruo? ¡Ah! Todos somos testigos de que adorabais en mi hermano.

JORGE, MAR. y MAUR. Sí, sí, señor, todos.

ED. Milord, no podéis insistir en tan espantosa acusación; la naturaleza os lo prohíbe, y ultrajáis al cielo si no la desecháis. ¡Hacéis á los hombres más feroces que los mismos monstruos de las selvas! ¡Ama el tigre los frutos de su amor, y un padre los degollaría! ¡Una madre dejaría destrozar el hijo que ha criado en su seno! ¡Una madre, y la más cariñosa, la más respetable! ¿Será posible? Sesenta años de virtudes nunca desmentidas, la más inalterable dulzura, el amor de padre más puro, el más ardiente, ¿no serán bastantes á librar á un hombre de una sospecha que ultraja á la humanidad, y cuya verdad, si fuese posible, trastornaría el orden de la naturaleza? No, no es posible... Vos mismo no lo creéis. No podéis creerlo... Ningún magistrado admite semejante delito.

ANA. ¡Ah, señor, desechad tan horrible calumnia!

(Toda la familia y los criados tienden sus manos hacia el lord diputado.)

LORD. Nada puedo escuchar, ni menos separarme de mi deber. Sois acusado, los hechos hablan; podéis defenderos en los tribunales. (*A su séquito.*) Asegúrese al señor y á su familia, y que se traslade el cuerpo de la víctima á las casas consistoriales.

ANA. ¡Santo Dios!

ISAB. ¡Padre mío!

JORGE, MAR. y MAUR. (*Echándose á los pies del magistrado.*) Señor, ¡piedad!

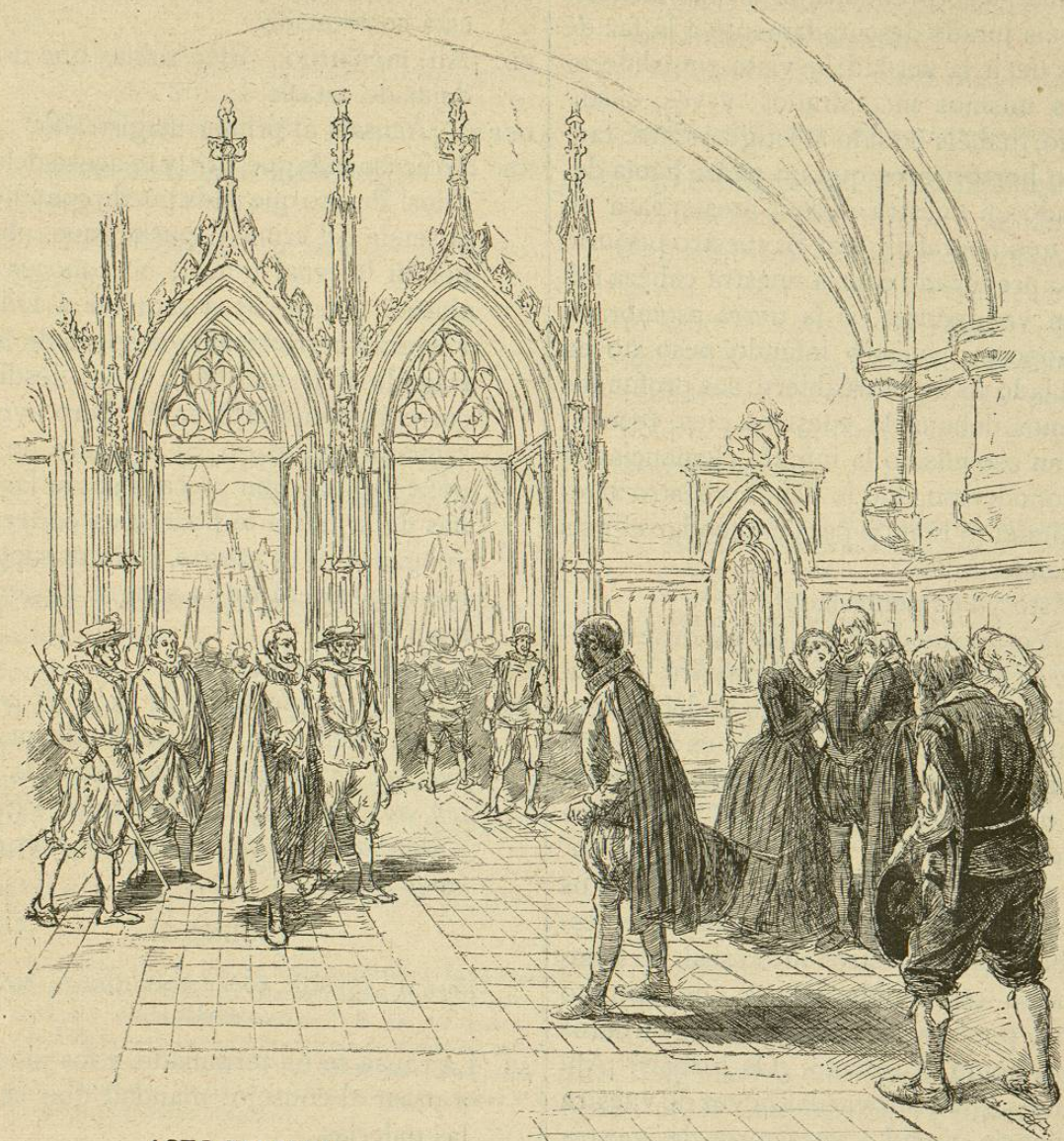
LORD. (*A los suyos.*) Obedeced.

(Los tres criados se levantan sumidos en la más profunda aflicción. Un juez, varios soldados y otras personas entran en el gabinete. Dillón se ve al mismo tiempo rodeado de soldados que deben conducirlo.)

DILLÓN. Querida esposa, hija mía, soy inocente. Tranquilizaos sobre mi suerte. Dios no permitirá que el justo sucumba: empero si tal fuese su voluntad... ¡ah! sólo le pido que aparte de vosotras esta prueba cruel. (*Las dos se deshacen en lágrimas.*) Amado Eduardo, ¿vendréis á defenderme?

ED. Yo juro perecer con vos, ó justificaros.

(El lord diputado y cuantos le acompañan salen. Dillón se coloca él mismo entre sus guardias, y sale echando sobre su familia miradas llenas de amargura y de dolor. Su mujer quiere dar algunos pasos para seguir á su esposo, pero al mismo tiempo el juez y los soldados que entraron en el gabinete salen de él: síguenlos dos hombres que llevan el cadáver. A semejante vista Ana exhala un grito de dolor apartando la vista, y el telón cae en el momento en que los mozos salen del gabinete, y antes que el cuerpo del joven Dillón ofenda la vista de los espectadores.)



ACTO TERCERO

El teatro representa una gran sala de la casa municipal de Dublín: tres grandes puertas vidrieras de arriba abajo, y de vidrios de colores, cierran el fondo de la sala. Al fin del acto, y en el instante en que Dillón es conducido al suplicio, se abren estas tres puertas, dejando ver una plaza pública, y enfrente la torre de una iglesia. A derecha é izquierda de los segundos á los terceros bastidores dos grandes puertas de dos hojas, una enfrente de otra, adornadas según el gusto del tiempo, y hasta las cuales se sube por dos ó tres escalones. En la de la izquierda del actor dirá una inscripción: SALA DEL CRIMEN; en la otra: SALA DEL CONSEJO. Algunos sillones antiguos.

ESCENA PRIMERA

EDUARDO, DERMOT. (Dermot sale precipitadamente de la sala del crimen, y al parecer trata de huir. Eduardo sale detrás de él.)

ED. Deteneos, caballero; deteneos, os digo.

DERM. ¿Con qué derecho me seguís?

ED. Habéis de oirme á vuestro pesar. Aquí, y en todas partes, solo, y en presencia de mil testigos, no podréis libertaros de la verdad. ¡En ninguna parte podréis evitar

la maldición de una familia inocente que vais á llevar al cadalso!

DERM. Caballero, ¿esa es una acusación que intentáis contra mí? ¿Ignoráis que al dirigirme esos insultos ultrajáis también la majestad del tribunal cuya sentencia no tardará en justificar mi conducta, condenando vuestros arrebatos?

ED. ¿Y sobre qué pruebas pudiera nunca ese tribunal emitir tan horrible sentencia, si vos con la más horrenda y execrable acusación... si vos con vuestro sacrilego juramento no hubieseis obligado á los jueces á condenar sin poder, sin osar siquiera consultar su propia conciencia? ¿Podrían nunca las leyes más sabias llegar á ser armas homicidas, si no hubiese monstruos, como vos, que se atreviesen á extraviar, á

engañar, á sorprender á la misma justicia? Habéis jurado descaradamente á la faz de Dios decir la verdad; he visto empalidecer á los mismos magistrados; y vos, desdichado, ¡habéis podido atestiguar entre tanto sin horrorizaros que un padre había degollado en vuestra misma presencia á un hijo que adoraba! ¡Ah! Si vuestro perjurio no ha provocado contra vuestra cabeza mil rayos vengadores, si la tierra asombrada de soportar vuestro infando peso no ha temblado ni ha entreabierto sus profundos abismos debajo de vuestros pies, reconoced en eso mismo la infinita clemencia del Todopoderoso, que le deja á vuestro arrepentimiento tiempo para enmendar el más horrendo delito.

DERM. ¡Esto ya es demasiado!

ED. ¡Ah! Yo no soy dueño ya de mi desesperación. (Tomando un tono de súplica.) Escuchadme, estamos solos: bien podéis entenderme sin ruborizaros. Dillón es inocente, y vos lo sabéis... Yo leo en vuestra frente que no lo dudáis. ¡Pues bien! Confíadme la causa de vuestro odio: ¿qué injurias habéis recibido de esos desgraciados? Yo os indemnizaré. ¡Os han perjudicado en vuestro honor, en vuestros intereses! Yo comprometo todos mis bienes, os entrego cuanto poseo, y os juro además guardaros eternamente el secreto. ¿Os turbáis? ¡Ah! seguid, seguid sin vacilar la voz de vuestra conciencia. Venid á retractaros de vuestra culpable declaración: detened á la muerte que va á segar ya á un anciano, y la sangre del inocente no recaerá sobre vuestra cabeza, ni pedirá la vuestra en el día del juicio terrible... Y yo os colmaré de riquezas, yo os ahorraré los horrores de un crimen, sus crueles remordimientos, y ¿quién sabe si la próxima venganza de los hombres?... Venid, venid... Triunfen por fin la justicia y la humanidad. (Trata de arrastrarle.)

DERM. (Desasiéndose de sus manos.) ¿Qué osáis proponerme? ¡Yo comparecer ante el tribunal para justificar á Dillón! Si vuelvo á su presencia, temblad vos mismo, será para añadir á las demás pruebas la que me presentan las ofertas criminales que os atrevéis á hacerme.

ED. ¿Es decir, que en tu alma no hallan cabida los remordimientos, es inaccesible al terror que experimentan los más empedernidos delincuentes?

DERM. Nada tengo que temer; el lord diputado está convencido.

ED. ¡Ah! monstruo... Bien sabías que no podía dejar de estarlo.

DERM. ¿Acusáis al primer magistrado?

ED. No acuso más que á ti; ¡y te acuso delante de Dios! Puesto que nada puede contenerte en la senda del crimen, puesto que, obcecado por tu infernal rencor, no conoces que el abismo donde vas á sepultar á Dillón no volverá á cerrarse sino después de haberte tragado á ti también, anda, desdichado, corre á precipitarte en él. Pero oye el juramento que hago. Si el padre de mi esposa llega á subir al cadalso, ni las entrañas de la tierra te podrán esconder de mi venganza, y tu sangre, toda tu sangre, sí, me responderá de la sangre inocente derramada.

DERM. Corro á denunciaros.

ED. (Arrastrándole hacia la sala del crimen.) Vé en buen hora, miserable; llega... (Las puertas se abren estrepitosamente: aparecen dos ministros.) ¡Dios mío! (Eduardo y Dermod se detienen; sale un juez del tribunal.)

#### ESCENA II

Dichos, el ASESOR, poco después JORGE, MARÍA y soldados.

AS. La causa se ha terminado, y los jueces van á pasar al consejo: mandad que se abran las galerías.

(Cruza la escena, y entra en la sala del consejo. Los dos ministros salen, cada uno por una de las galerías. Oyese al punto un ruido confuso de pasos y de voces en las dos, y varios pelotones de soldados atraviesan de la una á la otra.)

ED. Se acabó: ¡van á pronunciar la sentencia! ¿no os estremecéis?

(Jorge y María acuden por una de las galerías.)

MAR. ¡Ah! Padre mío, aquí está el señor Eduardo.

JORGE. ¡Él es! Señor Eduardo, decidnos por Dios, decidnos...

ED. (Conmovido.) Amigos míos, se va á pronunciar la sentencia.

JORGE y MAR. ¡La sentencia!

(Una fila de soldados se coloca en toda la latitud del teatro. Dos grupos de pueblo se agolpan á la entrada de las dos galerías, pero sin entrar, por contenerlos los centinelas.)

DERM. (Viendo abrirse las puertas de las dos salas.) Alejémonos.

(Se dirige hacia el fondo.)

El oficial que manda la tropa. Ya no se puede pasar.

(Dermod se ve precisado á quedarse; y viendo llegar de repente á Ana é Isabel, se queda en el fondo junto á los soldados, procurando ocultarse.)

DERM. ¡Procuremos evitar las miradas!

MAR. Mi ama...

ED. ¡Ah! (Ana é Isabel aparecen en la mayor turbación.)

#### ESCENA III

Dichos, ANA, ISABEL

ANA. (Arrastrando consigo á Isabel.) Ven, hija mía, ven; que nos encuentre también al paso.

ED. ¡Señora!

JORGE y MAR. (Besándola las manos.) ¡Señora, querida señora!...

ED. ¿Dónde vais? ¿Cuál es vuestro designio?

ANA. ¿Sois vos, Eduardo? amigos míos, ¡mi esposo es perdido! Van á condenarle... ¡á condenarle!... No, ¡es imposible!... ¡He aquí sus jueces!... miradlos... ¡Quedaos, quedaos aquí conmigo! Arrojémonos de nuevo á sus plantas... imploremos su justicia.

(Eduardo, Isabel, Jorge y María la arrastran hacia uno de los extremos de la sala. Dermod permanece en el fondo. Los ministros, los jueces salen de la sala del crimen, y se dirigen hacia la puerta de enfrente de la sala del consejo; se detienen en medio de la escena para dejar pasar al lord diputado; los soldados están sobre las armas; el pueblo permanece en el fondo.)

#### ESCENA IV

Dichos, el LORD DIPUTADO, JUECES, ASESORES, MINISTROS, etc.

(En el momento en que el lord diputado atraviesa el teatro, Ana é Isabel se precipitan hacia él.)

ANA é ISAB. ¡Deteneos, deteneos! (Caen á sus pies.)

JORGE y MAR. (Prosternándose también.) Perdón, piedad para nuestro amo!

LORD. ¿Qué hacéis, señora?

ANA. Mi esposo es inocente: ¡lo juramos todos por lo que hay más sagrado en el mundo! En nombre de ese Dios, que os ha de juzgar á vos mismo, ¡no consuméis la injusticia más horrible!... ¡No deis crédito á un impostor, á un monstruo abominable! ¡Ah! No condenéis al más virtuoso de todos los hombres... ¡mi esposo!

ISAB. ¡Mi padre!

JORGE y MAR. ¡Piedad!

LORD. Alzad, señora. (A los jueces.) Señores, es la hora del consejo.

ED. (Pudiendo apenas contenerse.) ¡Cruelles!

(Ana, Isabel, Jorge y María se levantan consternados.)

LORD. Ni las lágrimas ni las amenazas tienen influencia sobre nuestros ánimos: hemos formado nuestra opinión; nada puede cambiarla. Salga absuelto ó condenado, pronto sabréis la suerte de vuestro esposo. (A uno de su séquito.) Permíto al acusado que espere en esta sala que debe permanecer abierta para su familia. (A los jueces.) Señores, vamos.

(Todo el séquito entra en la sala del consejo. Los soldados se forman en pelotones, y el pueblo se retira: el oficial, despachando á los soldados por una y otra galería, da órdenes que indican que se van á poner centinelas en las puertas exteriores. Dermod observa todos estos movimientos deseoso de salir, y mirando con cierto temor á la familia de Dillón. Esta está sumergida en el estupor.)

#### ESCENA V

ANA, EDUARDO, DERMOD, ISABEL, JORGE, MARÍA

ISAB. ¡Ah! madre mía, no perdamos aún del todo las esperanzas.

(Isabel y Eduardo tratan de llevársela.)

DERM. (Gracias á Dios, ya puedo salir... No puedo soportar su vista por más tiempo.) (Trata de alejarse.)

ISAB. Salgamos al encuentro á mi padre.

TODOS. (Con indignación, reparando en Dermod.) ¡Dermod!

(Este se ve rodeado por todas partes, y su turbación misma le deja inmóvil.)

ANA. ¡Cielos! Ya le tengo delante de mis ojos. ED. ¿Cómo? ¿Te atreves á arrostrar las miradas de tus víctimas?

ANA. ¡Maldito calumniador! ¿Vienes á cebarte en la sangre de mi esposo? ¿De qué procede este funesto aborrecimiento? ¿Qué te ha hecho Dillón, ni yo, ni esta hija desgraciada? ¿Te ha vomitado el infierno para exterminar toda mi familia?

DERM. (Con la mayor turbación.) Señora...

ANA. ¡Tú eres el único que has acusado al inocente! ¡Tú quien le llevas al suplicio! Sobre tí caerá su sangre; y nuestros gritos, nuestro dolor, nuestras eternas maldiciones te perseguirán hasta dentro del sepulcro.

TODOS. Sí, ¡hasta dentro del sepulcro!

DERM. (Asustado.) Dejadme que me aleje.

ED. (Persiguiéndole.) No, ¡tú debes esperarlos!